

Martín de Riquer, un Quijote humanista

Lector voraz y hombre de infinita cultura, pero alérgico a la pedantería. Así han recordado esta semana al último gran sabio en el centenario de su nacimiento.

Ulises Fuente - Madrid

Las grandes obras inspiran a los grandes hombres y el filólogo e historiador Martín de Riquer (Barcelona, 1914-2013) eligió la más grande de todas: «El Quijote» se convirtió en su universo de acogida, y la enseñanza e investigación de las Humanidades fue su cruzada. ¿Causa perdida? En absoluto. ¿Sentido del humor para llevarla a cabo? Siempre. «De él se puede destacar su infinita erudición, claro. Pero es que hay mucha gente que sabe menos y resulta intratable y, en cambio él tenía un sentido del humor prodigioso y siendo un sabio, mostraba una enorme cercanía», recordaba Carlos Alvar, catedrático de Filología Hispánica, discípulo y estrecho colaborador suyo. Tanto Alvar como un numeroso plantel académico recordaron su figura esta semana en un homenaje en la Universidad Complutense de Madrid, donde se habló, claro, de su vastísima y excelente obra y de su incomparable espíritu, para celebrar el que habría sido el centenario de su nacimiento. Por los actos, organizados junto a la Biblioteca Nacional y la Delegación de la Generalitat de Cataluña en Madrid, además de Alvar, pasaron Rafael Alemany, Victoria Ciriot, Cristina Gattell, Rosa Navarro, Jaume Vallcorba o José Manuel Blecuá, presidente de la Real Academia Española.

«VIVÍA EN SU mundo, pero en él cabía gente de toda categoría», recuerda Carlos Alvar

Humanista jovial

«Nadie espera que alguien de su valía tenga ese sentido del humor, resultaba chocante. Y más que eso. Era muy comprensivo, tolerante con los errores juveniles, con las meteduras de pata ajenas. Y era enormemente generoso con su tiempo», explica Alvar. Tenía los pies en la tierra. «Bueno, relativamente. En realidad se los ponía su mujer. Vivía en su propio mundo pero digamos que en él cabían gentes de todo tipo de cualidades y categorías», explica. En esa misma línea va el recuerdo que otro gran especialista y participante en el homenaje de la universidad de esta semana, Carlos García Gual, quien le rendía tributo en las páginas de la revista «Claves de Razón Práctica» en un artículo titulado «Martín de Riquer: humanista jovial y gran filólogo». En él, le describía como «un maestro

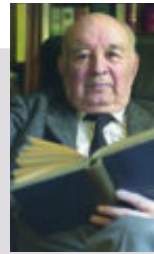


Grabado de Doré que ilustra una de las ediciones de «El Quijote», el libro al que Riquer dedicó años de estudios y pasión

Acercarse a Cervantes por 12,50 euros

Al homenaje a Martín de Riquer (en la imagen) se han sumado, además de la Biblioteca María Zambrano de la Complutense con una exposición que repasa su biografía, pensamiento y publicaciones, diferentes librerías de Madrid, como Blanquerna, La Central de Callao, Rafael Alberti y Visor. En esta última han dedicado toda la semana a mostrar sus obras. Un escaparate daba

cuenta del homenaje y un póster anunciaba la celebración. A la gente le llamaba la atención «y algunos se han interesado por las obras, aunque es un autor para un público ciertamente especializado», aseguran desde la librería. En Rafael Alberti también han mostrado el homenaje desde un lugar visible, «porque son libros que a veces no están a la vista del público y pueden pasar



más desapercibidos. Se trataba de hacer su obra más accesible y creo que lo hemos conseguido, pues la gente sí se ha interesado, se ha notado que estos días se han vendido más libros suyos». Comentan que la palma se la ha llevado «Para leer a Cervantes» (Acantilado), «un libro interesante y que vendemos a 12,50 euros, para que luego digan que los libros son caros...».

de voz alegre y estimulante» y le atribuía «la mejor virtud que puede tener un filólogo: amar y hacer amar los textos de otros tiempos, rescatándolos del polvo y del olvido. En eso Riquer era un gran maestro», señalaba García Gual.

Sin afán de arqueólogo pedante

Por eso, porque creía en que el disfrute de las obras era lo primero, a Martín de Riquer le molestaba que las ediciones de «El Quijote» estuvieran plagadas de notas a pie de página que entorpecieran su lectura. «Su edición tenía las notas justas para no perderse, pero a él le gustaba que el texto hablase por sí mismo», explica Alvar. Fue la principal autoridad mundial en la obra, reconocido internacionalmente. «Y en los últimos tiempos, desde su jubilación, decía que ya no leía, que ahora sólo releía. Y se dedicó a los «Episodios Nacionales» de Galdós, «La condición humana» de Balzac y a todo lo que podía de Alejandro Dumas. En todo caso, no son obras cualquiera, sino de buen tamaño», cuenta Alvar del filólogo que también fue una infinita guía de lecturas. «Tenía una memoria prodigiosa que era capaz de recordar qué había leído dónde y quién era quién. Pero nunca la utilizaba con pedantería», recuerda. «Era un humanista que conocía tanto la lírica de los trovadores como las arduas crónicas caballerescas y que frecuentaba la literatura medieval catalana con la misma atención y simpatía con que volvía al Quijote cervantino o al «Tirant lo Blanch» o al «Cuento del Grial» de Chrétien. Sin afanes de arqueólogo ni de teorizador pedante; no era de los que toman los grandes textos

LOS LIBROS, ESE VICIO

Durante las jornadas habló su hija, Isabel de Riquer, profesora emérita de Literatura Románica Medieval de la Universidad de Barcelona, que contó que durante toda la vida de su padre el comprar libros fue su «mayor desembolso» y confesó que siempre decía que era «más barato» comprarlos que tomarlos de una biblioteca porque así «siempre los tenía a mano». En su biblioteca hay ejemplares de «El Quijote» ilustrados por Saura o Dalí, pero lejos del valor crematístico, «hay que verlo desde la perspectiva profesional. Su importancia está «en el uso, no en el valor de cambio», dijo Isabel de Riquer.

como pretextos de sus teorías hermenéuticas o citas tontas», según García Gual, que apunta que «combinaba con singular habilidad la investigación y la erudición con la difusión».

Del Quijote a Tirant, de la literatura en catalán a las páginas más brillantes del catalano, Martín de Riquer lo consideraba un todo. «Incluso más allá. Era un estudio de un tiempo y consideraba que las letras en catalán y en castellano o en provenzal respondían a una misma realidad europea, a todo el Occidente, y que para poder entenderlo, no se podía encerrar en algo y poner el foco, sino abrirlo cuanto más, mejor. De la misma manera que él hizo en su obra y en su vida: escribía y hablaba en catalán y castellano indistintamente, porque entendía ambas lenguas como complementarias y no limitantes, riquezas necesarias para entender un tiempo», explica Alvar.

Y es que la inabarcable obra de Martín de Riquer sólo puede explicarse porque disfrutaba en su afán o locura. «Vivía para trabajar, aunque siempre decía que en realidad no había trabajado nunca. Le apasionaba tanto lo que hacía que no lo consideraba trabajo, y que por lo tanto tampoco necesitaba vacaciones», recuerda Alvar. Amaba la literatura y no escribía para las camarillas de profesores, sino para transmitir conocimiento y guiar al lector a través del mundo de las lecturas. Una figura irreplicable «que combinaba el «seny» y la cortesía catalana con una infinita cultura y una tenaz vocación humanista», según le describe García Gual. Como un caballero de esos, que, como Alonso Quijano, ya casi no quedan.



Toni Montesinos

El profesor divertido

Hace seis años, Cristina Gatell y Gloria Soler dieron al público un testimonio que ahora, cuando el gran filólogo ya no está entre nosotros, cobra un especial valor: «Martín de Riquer. Vivir la literatura». Las biógrafas, a partir de las propias declaraciones del protagonista, abordaron la vida familiar en la infancia y juventud, la Guerra Civil, la universidad, su función como académico, sus trabajos como medievalista... Así, cada etapa era, en efecto, una fusión pasional y efervescente, de vivir la literatura, siempre con gran bonhomía y vocación pedagógica. Su lema: si se divertía enseñando, se divertirían sus alumnos. Ese talante le definió como persona, profesor e historiador. Destacó por tener un gran sentido del humor, y ya como maestro, por mostrar una preocupación por sus alumnos firme y entrañable. Refugiado en los trovadores o en Cervantes, su objetivo fue aprender y divulgar, sin prejuicios ni cortapisas. Siempre para que imperara, en tiempos tan difíciles, el respeto al otro: «Riquer postuló la importancia del legado cultural catalán, defendiendo su literatura medieval como un componente esencial de la cultura hispánica que no podía ser ignorado», dicen las autoras. En la Universidad, Riquer vivió en primera línea movimientos de protestas, como el encierro de intelectuales catalanes en el convento de los Capuchinos, y se solidarizaría con Salvador Clotas y Manuel Vázquez Montalbán en el Consejo de Guerra que sufrirían. Mostró con paciencia cómo podía defender la lengua catalana en un país que no la autorizaba. Hoy, qué ejemplo es de pundonor personal, sabiduría social y capacidad de diálogo. Sin el menor rencor, sin cobardía alguna; con la entrega de un trovador, con la audacia de un Quijote.